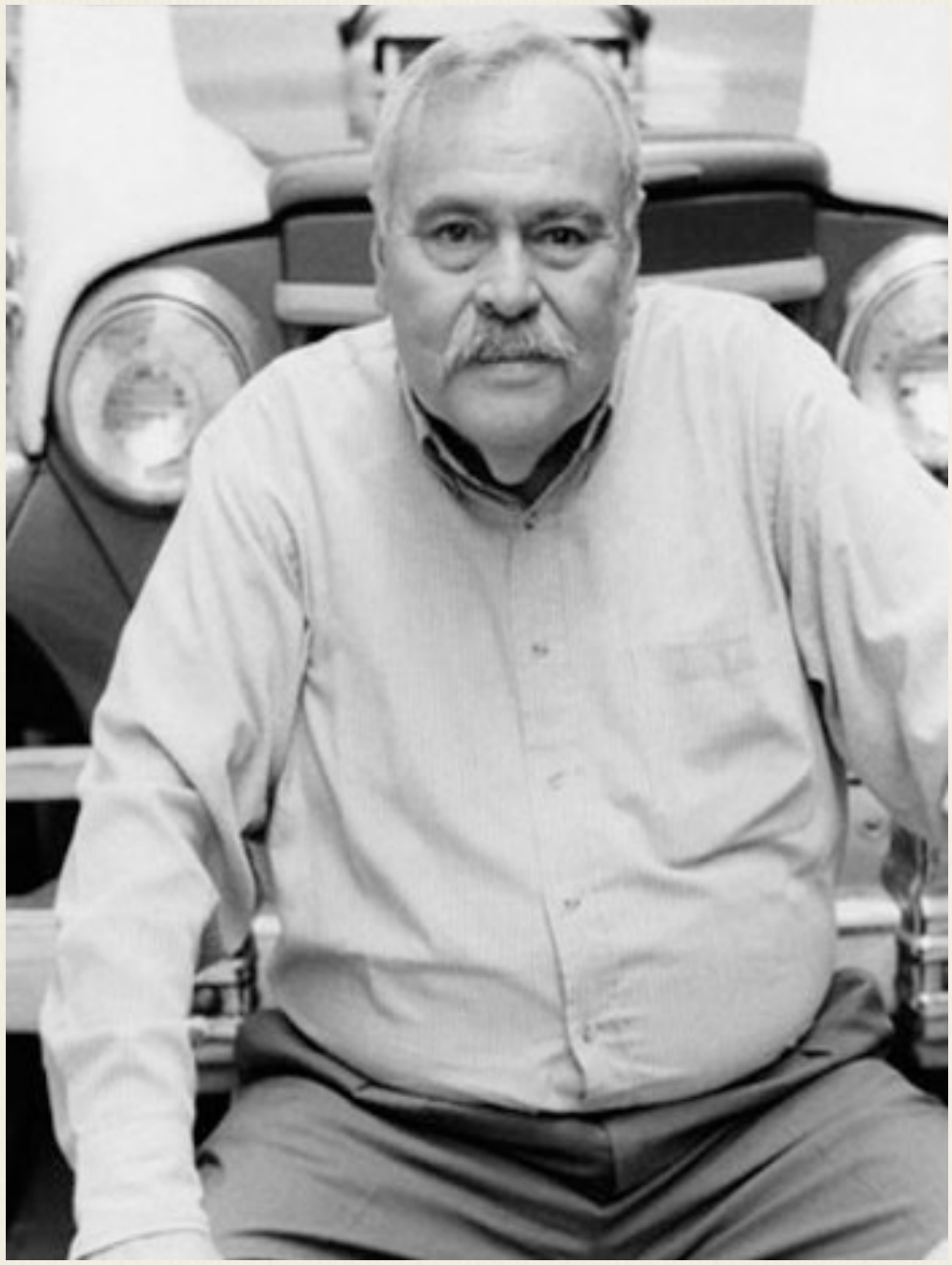
# Bajo los árboles nacía la escuela

ERACLIO ZEPEDA

DÍA DEL MAESTRO - 2015



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

# *Bajo los árboles nacía la escuela*

Eraclio Zepeda

Primera edición impresa: ***Revista de Cultura El Acordeón***, de la UPN, núm. 13, enero-abril, 1995.
Primera edición digital (formatos e-book y PDF): 15 de mayo de 2015.

**educ@upn.mx**, Revista Universitaria

**Universidad Pedagógica Nacional**,
Carretera al Ajusco número 24,
Colonia Héroes de Padierna,
Delegación Tlalpan, C.P. 14200,
México, Distrito Federal.

La fotografía de portada forma parte del archivo de la Coordinación Nacional de Literatura del INBA.

© Juan Carlos Rangel Cárdenas, 2015.

Texto de la charla que ofreció Eraclio Zepeda el 15 de Mayo de 1994 en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco. El texto y la edición son del editor.

# Eraclio Zepeda

## Tuxtla Gutiérrez, 24 de marzo de 1937

*Laco*, como lo llaman sus amigos, sigue fiel a la tradición de los relatos orales que aprendió de los cuenteros chiapanecos, oficio éste, respetado y admirado en toda la región, y que él aprendió desde niño.

Dice Laco que "La letra es el catafalco de la palabra, nunca podrá tener su vivacidad, aunque, paradójicamente, es la única forma de mantener el relato vivo después de la muerte física del creador. Escoger el momento en que voy a matar escribiéndolo un cuento, es para mí una de las cosas más tristes y desoladoras de la existencia: me desprendo de un amigo, de un compañero con el cual nunca jamás podré volver a caminar, con ese acompañante de tanto tiempo."

De sus volúmenes de relatos para niños, destaca *Horas de vuelo*, un libro bellamente ilustrado con una literatura que para Laco no ofrece ninguna diferencia con los relatos que dirige a los adultos: "Había veces que nos mandaban a comprar dulces o maíz, y a la quinta vez ya no ibas, sino que te quedabas escuchando tras la ventana un cuento para adultos, donde se platicaban cosas verdaderamente extraordinarias que te abrían el camino para experiencias nuevas, como el amor. Siempre entendí que no había cuentos para adultos, que todo lo que tú puedes contar, los niños lo entienden, y eso es infinitamente más hermoso".

En el **I Festival de Cuentacuentos** de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (1989), fue nombrado ***Cuentero Mayor***, título que aceptó orgullosamente.

El texto que aquí presentamos es resultado de su visita a la Unidad Ajusco de la Universidad Pedagógica Nacional, precisamente el 15 de mayo de 1994, Día del

Maestro. Eraclio Zepeda nos deleitó con una narración oral que nos hizo vibrar a maestros y estudiantes. Con él reímos de buena gana y nos hizo recordar esos días luminosos para quienes tuvimos la dicha de pasar por una escuela de las primeras letras.

A 20 años de su publicación en la ***Revista de Cultura el Acordeón*** de la UPN, hoy celebramos aquél encuentro, con una versión digital que esperamos llegue a todos los profesores y maestros de nuestro continente, geográfico y lingüístico. Afortunadamente la charla se grabó pues hubiera sido lamentable perder la memoria de esa ocasión. A partir de ella se hizo la transcripción minuciosa y se editó para que pueda ser leída sin que pierda, eso creemos, el eco de su voz potente y la exuberancia de su imaginación, de este narrador excepcional que es Eraclio Zepeda.

**Juan Carlos Rangel**

**15 de mayo de 2015**

**Día del Maestro**

# Bajo los árboles nacía la escuela

Yo estudié en una escuela cardenista; una escuela que surgió primero como maestro más que como edificio. Como somos un país de constructores de pirámides, ahora primero construyen las pirámides y después inventan qué cosa meter. Cuando yo estudié la primaria era exactamente al revés. Un día llegaba la noticia de que se había presentado el maestro, y el maestro llegaba sin casa, llegaba sin escuela, pero al conjuro de la palabra del maestro, la escuela iba naciendo a la sombra del árbol.

Era el año de 1943, en plena guerra, cuando el gran árbol, una ceiba, se convirtió en la escuela primaria. Nadie imaginaba que la escuela era pobre, nadie tenía la más remota idea que era necesario tener laboratorios, porque teníamos el mundo como laboratorio, teníamos el campo, los ríos, los cerros, teníamos lo que íbamos recogiendo en las tierras aradas de los campesinos, metates y figurillas prehispánicas; y eso servía también como un espléndido laboratorio para la Historia.

Lo que más me interesaba de aquella escuela era que combinábamos el estudio con el trabajo. En la mañana éramos niños de

escuela y en las tardes éramos aprendices de oficial de un oficio, por eso se llaman oficiales. Teníamos que ser al terminar la primaria, oficiales de carpintería, de hojalatería y de zapatería. Y la relación que había entre nuestros maestros de la mañana y los maestros de talleres en las tardes era extraordinaria, porque era al mismo nivel.

Nunca un maestro graduado podía sorprenderse de que el maestro de oficio fuera diferente a él.

Y así se daba una relación espléndida.

¿Por qué era posible que nosotros tuviéramos una escuela de ese tipo? Ya cuando yo estuve en sexto grado de primaria, el resto del país había caído en la desgracia del alemanismo de Miguel Alemán. Lo que pasa es que en Chiapas todo llega tarde. Y esto tiene que ver con la geografía. Imaginen la geografía absolutamente viril de México que, de pronto y para fortuna del país, se hace cintura de muchacha en el Istmo de Tehuantepec y levanta la cadera hacia Yucatán, buscando el broche de Cuba. Entre la cintura de muchacha y la cadera de Yucatán, está la transformación de esta geografía antes viril, para ser ahora profundamente femenina con el bracito de Baja California metido en el mar. Entonces, nosotros los chiapanecos, estamos exactamente entre la cintura y la cadera, lo cual no es malo en términos de justicia.

Ahora, desde el punto de vista de comunicación, esto es un problema. Chiapas está atravesado dos veces por la Sierra Madre, lo cual en extraordinario castellano es un desmadre, porque

ha provocado una falta de comunicación histórica. Tenemos nada más los grandes canales de comunicación. Todas las carreteras actuales y el único ferrocarril siguen las mismas rutas que siguieron los pochtecas, que siguieron las migraciones, porque es la geografía la que va marcando el camino. La gran ruta de la costa es muy importante en tiempo de agua, porque entonces hay un canal que permite la navegación desde el istmo de Tehuantepec hasta más allá de Guatemala. En tiempo de secas se puede usar la gran ruta de las montañas, que es la que siguió Fray Bartolomé de las Casas cuando vino de la costa del Golfo.

Esta falta de comunicación nos privó de muchos contactos con el mundo. Es, también, la explicación de por qué nosotros seguimos hablando en este castellano casi, casi, del siglo XVI. Cuando tengo la fortuna de encontrarme, y me ha sucedido con frecuencia, a sefarditas en Estambul o en Bulgaria, es un placer enorme. Si yo hablo despacio y ellos también, podemos conversar perfectamente nada más cambiando *pecto* por pecho y *facto* por hecho, pero el resto es la misma construcción nuestra: vos, vení, corré, andá, decime, y uno puede conversar precisamente por este carácter no congelado del idioma; porque si algo ha sido hirviente en Chiapas, eso ha sido el idioma, pero se quedó detenido en el tiempo y en su evolución. A esto se debe el por qué nosotros estuvimos siempre como en una región de castigo, región de trasmano, región de soslayo, a la cual únicamente llegaban quienes iban de camino a Centroamérica, que no eran muchos.

Estamos y estuvimos tan alejados del país que a nosotros todo nos llegó tarde. Ayer decía en la Universidad Nacional que la guerra nos llegaba en tiempo de paz. Ya el resto de los mexicanos estaban con la corona de oliva y nosotros teníamos los primeros cañonazos; y al revés, el resto de los mexicanos se estaban matando y nosotros estábamos tocando las primeras marimbas, sin ninguna preocupación. Esto es lo que hizo que mientras el alemanismo estaba ya absolutamente posesionado del país, nosotros no nos habíamos enterado que se habían perdido las elecciones y seguíamos pensando que el general Cárdenas estaba en la presidencia. Los hombres y mujeres de mi generación que eran niños en esa época, recordarán que cantaban una espantosa canción que había enseñado la OEA: "América inmortal, faro de luz, faro de libertad"; pero no era nuestra América, era la otra, la América del Norte. En cambio, nosotros, que no nos habíamos dado cuenta de tan brutales cambios, cantábamos en la escuela: "Arriba los pobres del mundo", *La Internacional*, como habían cantado los niños todo el tiempo en la época de la educación socialista.

Y allí, en esa escuela, había una cosa que era muy importante. Nuestros maestros habían descubierto o inventado técnicas pedagógicas que tal vez después habrían de desembocar en las grandes novedades de las escuelas activas. Pero allí era aplicado como un trabajo diario. Hay que recordar que los maestros estaban ligados a su comunidad, que eran la vanguardia del pensamiento, que el maestro era el intelectual que llegaba a una región remota

y encabezaba las mejores luchas por la libertad, por la democracia y por la dignidad de aquellos pueblos. Así, bajo los árboles nacía la escuela. Después, los padres y los vecinos sin necesidad de cuestiones que se llamen solidaridad y otras cosas espantosas de ahora, hacían verdadera solidaridad. Es una lástima que la palabra se haya descompuesto tanto.

En nuestra escuela, donde combinábamos el trabajo y el estudio, también teníamos elecciones. Los niños teníamos una vida democrática, hacíamos planillas y luchábamos por conquistar votos para la sociedad de alumnos. Teníamos también una cooperativa, hacíamos teatro y música.

Algo que para mí fue muy importante, era que teníamos un periódico mural que se llamaba *Alma Infantil*. Y ese periódico mural nos obligó a hacerlo impreso porque teníamos mucha correspondencia con niños de casi todos los países del mundo. Había un sabio catalán, como dice García Lorca: "siempre hay un sabio catalán", y el nuestro era el maestro Fábregas Puig, capaz de traducir a casi todos los idiomas posibles. Nos ayudaba y mandábamos cartas que los niños de otros países nos contestaban y nos pedían ejemplares del periódico mural. ¿Y cómo diablos mandar el periódico mural? Por ello fue necesario imprimirlo, pero no teníamos dinero. Por fortuna, en Chiapas, siempre hay un poeta en un puesto determinado.

En este caso fue el poeta Santiago Serrano, don Chante Serrano. Don Chante había sido en su momento un auténtico héroe

cultural. Había ido a Nueva York y allí había aprendido las técnicas poéticas de la vanguardia. Él fue quien trajo la vanguardia poética desde Nueva York a Chiapas. Por cierto que en Nueva York había estado acompañado por don César Castellanos, quien había ido a estudiar ingeniería y no terminó, pero que ocupa un lugar destacado en la cultura chiapaneca por ser el papá de Rosario Castellanos. Don César Castellanos no llegó con el título de ingeniero, pero sí trajo un aporte cultural importantísimo. Los chiapanecos, ingenuos de nosotros, pues desde que Bernal Díaz del Castillo llevó las primeras semillas de naranja y las sembró, siempre habíamos comido naranja nada más como pico de gallo, como botana y como fruta. Gracias a la sagacidad del poeta don Santiago Serrano, que estaba abierto a todas las culturas del mundo, en Nueva York había descubierto que se puede hacer jugo de naranja, y don César Castellanos, que era el único que tenía dinero para comprar naranjas, fue el encargado de llevar por todos los rincones de Chiapas esta noticia extraordinaria que cambiaba completamente la relación de la cultura en nuestro estado. Y todos nos avergonzamos: ¿cómo es posible que hayamos perdido casi 450 años sin entrar a la civilización del jugo de naranja? Por eso es que en Comitán hay un patronato para hacer una estatua a don César, que va a llevar en la mano izquierda los libros de Rosario y con la mano derecha hará como si exprimiera una naranja.

El poeta Santiago Serrano, además de traer la vanguardia, había hecho otro aporte importantísimo a la cultura de Chiapas. Don Chante tenía una habilidad extraordinaria para jamás bajarse de la hamaca más que para hacer cuestiones absolutamente necesarias. Porque las demás que son todavía más necesarias, las hacía también en la hamaca. Quiero decir que el poeta jamás trabajó, ni en Nueva York, y eso requiere talento. Tenía una enorme capacidad para poder detectar viudas bellas que sus muy esforzados maridos, que en paz descansaban, las habían dejado, como oportunidad del mundo, con dinero. Las detectaba de inmediato y se casaba siempre. Le decían el árbol de la mala sombra, porque hay un árbol en Chiapas que el que duerme bajo él, se muere. Y eso ocurría también con las viudas. Entonces él podía ir buscando nuevas viudas por allá, por allá y por allá e iba acumulando ciertos recursos que éstas le dejaban. Gracias a ello podía dedicarse con toda tranquilidad a la función literaria. En un país en el que no hay becas, hay que inventarlas.

En uno de esos matrimonios del maestro Santiago Serrano con una señora muy guapa de Comitán, había nacido una niña deslumbrantemente bella que desde recién nacida fue hermosa. Cuando yo la conocí era ya una adolescente. La gente hacía visitas inútiles a la imprenta del maestro Serrano para ver aquella belleza. Ese aporte a la cultura es ni más ni menos que Irma Serrano, La Tigresa, quien en esa época era bellísima, la de antes de toda esa máscara de ahora. Era muy linda y nosotros descubri-

mos aquella imprenta. Le pedimos al maestro Santiago Serrano que nos permitiera imprimir *Alma Infantil*. Ahora que estoy haciendo memoria, yo creo que más que la imprenta, Irma nos llevó de la mano para ver a Irma. El maestro Santiago Serrano estuvo de acuerdo en que hiciéramos el periódico, siempre y cuando aprendiéramos tipografía y también pudiéramos imprimirlo, lo cual fue maravilloso. Empezaba el descubrimiento de la literatura en forma manual: ir encontrando los tipos manuales, aprender a escribir al revés. Luego, trabajar con las formas, con las matrices. Para ahorrar dinero, don Chante no nos permitía usar electricidad en las máquinas, había que trabajar siempre con el pie, al "pedalazo", con las máquinas Chandler, verdaderos prototipos de los vehículos de la cultura. El periódico tenía ocho hojas, lo cual quiere decir que había que *meter tripa* por que al primer golpe salía la 1, la 2, la 7 y la 8, y luego la 3, la 4, la 5 y la 6; entonces había que meter tripa. Eso lo hacíamos en el corredor de la casa donde estaba la imprenta, que era un corredor cuadrado con un patio en medio. Allí nos sentábamos en el suelo metiendo la tripa y esperando que empezara aquel ruido primero inquietante y que después llenaba la atmósfera completa de nuestros corazones, de nuestras almas y de todo el resto de la anatomía que estábamos descubriendo. Era el ruido de la máquina un cierto susurro: fffuuuit, fffuuuit, fffuuuit, y la máquina iba tomando su propio impulso y era cada vez más rápida: fuit, fuit, fuit. De plano empezábamos a perder la cuenta de las tripas porque todos empezábamos a ver nada más hacia la puerta abierta que estaba al fon-

do del corredor, donde en el momento exacto en que habíamos ya perdido el control de la tripa, aparecía una uña pintada de rojo, y detrás de la uña pintada de rojo, un pie maravillosamente arqueado y aquél tobillo con su peroné y la pantorrilla maravillosa. Ya en ese momento todo mundo se había olvidado del *Alma Infantil*, porque teníamos un alma bastante corrupta. En el momento en que aparecía luminosa la rodilla, en ese instante se oía la voz del poeta Santiago Serrano que decía:

—¡Irma, cierra la puerta que los jóvenes están nerviosos!

*Alma Infantil* tenía entre sus características que los niños publicabamos poemas, cuentos, relatos, reportajes, entrevistas. Yo mismo hice una entrevista con una actriz chiapaneca que en ese momento era muy importante, se llamaba Amanda del Llano. ¿Y quiénes eran los niños que escribían en ese periódico? Bueno, estaba el niño Juan Bañuelos, que escribía poemas y es hijo de un maestro herrero. Hago aquí un paréntesis antes de ver al resto de los niños que escribían en el periódico.

El maestro Bañuelos había llegado a Chiapas desde su lejano norte en un viaje mítico hacia Colombia, donde iba a ser mecánico de automóviles. Al pasar por el Río Grande de Chiapas, que ustedes conocen como Grijalva, entre Tuxtla y Chiapa de Corzo, encontró a una muchacha tan bella que le hizo olvidar Colombia y se quedó casado para siempre con la señora Chanona. Y allí empezaron a nacer los Bañuelos: Juan, el mayor, fue gemelo y como 5 años después nacieron otros triates. El gemelo de Juan mu-

rió y los triates también. Cada vez que el 8 de junio se celebraba la fiesta del niño Juan Bañuelos, había cinco piñatas por los cuatro que faltaban.

El maestro Bañuelos era un hombre muy fuerte. Lo recuerdo perfectamente con su overol de mezclilla con la pechera hasta arriba, sus tirantes y una camisa a cuadros rojos que nadie usaba en ese momento, el pecho siempre abierto, un cuello extraordinariamente fuerte, una cabeza calva muy noble y unos brazos con la camisa arremangada, donde estaba concentrado todo su oficio. Pero lo más importante de todo, era el cimiento de aquella arquitectura maravillosa, unos zapatones mineros enormes que hacía tronar cuando caminaba: ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! Esto era muy importante en ese momento porque en Tuxtla la mayor parte de los padres de familia trabajaban en el gobierno o en el comercio. Entonces, los asuntos de actividad directa siempre eran despacito, calladito, un susurro, para que no se fuera a molestar el jefe o el patrón. En cambio, el maestro Bañuelos caminaba sonando fuerte los talones: ¡pom!, ¡pom!, ¡pom!, y mirando a todos de frente, ¡pom!, ¡pom!, ¡pom!. Yo le pregunté a mi papá:

–Oye, ese señor por qué camina tan bonito.

–Es que es obrero.

–¡Ah!, bueno.

Era el único que componía aviones y demás. Me acuerdo un día que estábamos el niño Juan Bañuelos, el niño Óscar Oliva y

yo, cuando de pronto, vimos venir aquel monumento caminando del maestro Juan Bañuelos: ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! Y yo, como sabía que era obrero, les dije según el texto que vimos en la escuela primaria:

–¡Camaradas!, ¡vean ustedes a la clase obrera entrando a la Historia!

Porque *Historia* se llamaba una cantina que estaba enfrente, y en ella entraba a echar copita.

Juan Bañuelos, pues, escribía poemas en *Alma Infantil*. Otro que escribía poemas en nuestro periódico, era el poeta Óscar Oliva, el niño Óscar Oliva. ¿Y quién era el papá del niño Óscar Oliva? Era don Óscar Oliva, personaje fundamental para nosotros, porque su familia estaba ligada directamente con la cultura de Chiapas por muchas razones.

Don Óscar Oliva había construido un centro extraordinario de cultura en un momento sumamente necesario en Chiapas. Al gobierno se le había ocurrido crear el Ateneo de Ciencias y Artes en Chiapas. Como Chiapas con la inicial que tiene es muy difícil que algo pueda ser pomposo, pues con la "ch" todo se echa a perder. La escuela donde estudiamos la secundaria y la preparatoria, el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, se dice ITACH; el ateneo que fundó el gobierno, se llamó Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, ATACH; el partido revolucionario que estaba en ese momento, el Partido de la Juventud Chiapaneca, PAJUCH. De plano, no hay seriedad con esa inicial.

El gobierno, pues, había creado el Ateneo y nombró a los ateneístas. Pero la cultura, como ustedes saben, se hace a pesar de las instituciones. Y los ateneístas llegaban y se aburrían profundamente, porque las reuniones eran los miércoles de 6 a 8 de la noche y el trabajo fundamental era levantar el acta de asistencia. Pero nada se producía ahí. Entonces, don Óscar Oliva, al ver aquel deterioro de gentes que antes habían sido magníficos pensadores, fundó su propia institución a dos cuadras del Ateneo y se llamaba *El Ateneíto*.

El Ateneíto era la cantina más maravillosa de Tuxtla. Bajo palos de mango, con cielo abierto, y con la mejor botana, ciencia, ésta, que se desarrolló en aquel momento en Chiapas: la botánica, la botánica extraordinaria que estaba alrededor de las mesas. Apenas terminaban su sesión los ateneístas, se iban inmediatamente a El Ateneíto a tomar cerveza, y entonces sí, la cultura empezaba a caminar a pasos agigantados. ¿Dónde se ha visto que la cultura pueda hacerse a secas? Ahí, en El Ateneíto, empezaban a surgir los poemas, empezaban a surgir los cuentos, los ensayos y las obras de teatro. Todo este material maravilloso fue el que el maestro Fábregas reunió, después, en la espléndida revista que se llama, precisamente, El Ateneo, pieza fundamental de la cultura moderna en Chiapas. Además, todo este asunto que inventan de que las cantinas son centros de perdición, es mentira. Las cantinas son lugares en las cuales la gente llega a conversar. Muchas

veces sus casas son estrechas o están casados con una señora muy regañona. El Ateneíto era verdaderamente un ágora.

Don Óscar Oliva, padre, era un hombre tan de vanguardia que, incluso, había formado en El Ateneíto una pequeña biblioteca en la que había una buena enciclopedia para la consulta de los comensales en caso determinado. Y también tenía actitudes absolutamente revolucionarias porque un día, precisamente un 15 de mayo, el gobierno había tomado por primera vez la decisión de jubilar a los trabajadores de la educación con no sé cuántos años de trabajo. Eso lo emocionó profundamente. Y esa tarde, cuando llegó a su cantina y la abrió, al tiempo llegó don Martín Araujo. Don Óscar lo vio y le dijo:

–Oye, vos, Martín, vení pa'cá.

–Decime, Óscar.

–¿Cuántos años tenés vos de venir aquí a mi cantina?

–¡Aaaah! –exclama–, ya tengo 32 años de venir, Óscar.

–¡Ajá!, ¡estás jubilado, hermano!, ¡ju-bi-la-do! De ahora en adelante ésta va a ser tu copa –le dijo poniéndosela frente a él–, nada más vos la vas a usar. Ésta va a ser tu copa y vas a tener derecho de echarte tres pajuelazos todos los días por cortesía de la casa como premio a tu esfuerzo, a tu constancia, a la entrega absoluta de tu tiempo libre.

–Pues muchas gracias Óscar.

–Eso sí, botana no te doy porque si no, no salen las cuentas.

–Yo voy a traer unos cacahuatitos, gracias –dijo don Martín muy satisfecho.

Don Óscar Oliva me dijo después: "nunca pensé que fuera a vivir tanto, parece que el comiteco era buena medicina, porque se echó otros treinta años vivo". Y este don Óscar Oliva, padre, aparte de hacer este acto extraordinario de una jubilación a un cliente, era hijo de don Lindo Oliva, quien también llegaba a las tertulias del Ateneíto.

Don Lindo Oliva tenía todos los años del mundo y discutía con el historiador, un historiador muy serio que teníamos nosotros, el maestro Castañón. Le decía:

–Mira maestro lo que tú dices acerca de la batalla del 21 de agosto, que pones la artillería nuestra, de los tuxtlecos, "El Sapo", "El Risapronta" y "El Cositía", los tres cañones del lado derecho, no es cierto. Los cañones estaban apuntando desde el centro y uno desplazadito a la izquierda, que era "El Sapo".

–Bueno, don Lindo, yo tengo documentación en la que me puedo apoyar –le replicó el maestro Castañón–. Usted en qué se apoya.

–En yo mismo –contesta don Lindo–, si yo era artillero.

Don Lindo había hecho un aporte sensacional a la cultura en Chiapas. Había leído el Quijote 84 veces. Cada año lo leía dos veces: uno en tiempo de agua y otro en tiempo de secas. Cuando

iba a empezar la lectura contrataba a unos heraldos que tocaban un tambor y una flauta de carrizo, que nosotros llamamos pito. Los contrataba y salían de esquina a esquina: taca-tataca-tataca-fu-fi-fu-fi-fu-fi...

–¡Atención, pueblo de Tuxtla! ¡Don Lindo Oliva informa que a partir de las cinco de la tarde del próximo domingo, emprenderá la lectura número 85 del Quijote! Era un orgullo enorme que tuviéramos una gente que hablara del Quijote. Y esto nos salvó a muchos de nosotros, si bien la escuela primaria había tenido esta característica de entrega de los maestros, verdaderas vanguardias, conductores de pueblos.

La escuela secundaria era completamente diferente, porque en la escuela secundaria decidieron que los maestros de escuela primaria no estaban capacitados, ¡hagan el favor!, para dar clase en la escuela secundaria. Los maestros de la escuela secundaria eran profesionistas liberales, como se llamaban en esa época. Pero eran muy conservadores. Los únicos profesionistas titulados en esos años eran los ingenieros, los médicos y los abogados. Además, era un honor dar la clase, daba un estatus: ser, además de ingeniero catedrático, además de abogado catedrático, otorgaba un rango social. Entre ellos se repartían las clases.

Los ingenieros son gente seria, ellos daban únicamente matemáticas. Y nosotros estábamos muy bien preparados en matemáticas, porque en la escuela aquella bajo los árboles, en lugar de aprender la geometría de manera abstracta, ayudábamos a los

campesinos a medir sus parcelas. Entonces, sacar metros cuadrados tenía sentido. O ayudábamos a construir los tanques para el agua, entonces, tenía sentido aprender metros cúbicos, porque en abstracto debe ser una cosa espantosa. Estábamos, siempre, directamente ligados a esos trabajos.

Los médicos, a diferencia de los ingenieros que son gente seria, eran un poco más atrevidos. Además de enseñar botánica, biología y anatomía, se atrevían con problemas que ellos mismos no entendían bien como la psicología. Pero los abogados, ¡ay!, los abogados, daban todo, lo que fuera. Y por supuesto, sin haber leído nunca cosas de esas. Nuestro maestro de literatura en ese año era el licenciado Cuello, quien sólo había leído dos libros en su vida: *Penal III* y *Constitucional I*, sus libros de derecho. Jamás había leído un libro de literatura, por supuesto. Pero el orgullo era ser catedrático.

El licenciado Cuello tenía un respeto absolutamente mítico a los libros. Su clase, para acabarla de amolar, era a las tres de la tarde, después de comer. A las tres de la tarde en Tuxtla hay 40 grados de calor en el verano. Nosotros éramos chamacos de 13 o 14 años que acabábamos de descubrir, ellos y ellas, el amor. Habíamos descubierto la sensación espléndida de las manitas sudadas en la matiné, y lo transportábamos a la clase, siempre agarraditos. A las tres de la tarde llegaba aquel hombre obeso, se sentaba y empezaba a tartamudear tratando de explicar el Quijote.

Claro, como nunca lo había leído, dictaba su clase y se aburría profundamente. Y ese aburrimiento nos encajaba a nosotros.

Pobre Don Miguel, estoy hablando de don Miguel el bueno, Cervantes pues, no don Miguel (de la Madrid), el que tiene aquí el Fondo (de Cultura Económica). Don Miguel el bueno había sido un hombre espléndido. Había sido un hombre tan sencillo como tú o como yo, no sé si tú o yo podamos ser tan sencillos como don Miguel. Había hecho una vida magnífica, había sido aventurero, había sido soldado, había sido marino y esclavo. Sabía beber su vino y bailar su pie. Sabía contar historias. Tenía mala suerte y había estado preso. Era un hombre que tenía todas las características para ser un buen escritor. Sin embargo, él, que estuvo siempre rodeado de amigos y que el sonido que salía de su casa en la noche siempre era de carcajadas y de música por las cosas que contaba, tuvo la inmensa desgracia, después de su muerte, al cabo de dos o tres siglos, de que lo hicieran clásico, que es lo peor que le puede pasar a un escritor vital. Porque al ser clásico se convierte en objeto de estudio obligatorio. Empieza a ser obligatorio para el maestro que enseña, el caso del maestro Cuello, y los pobres alumnos empiezan a ser asediados por un libro que deberían aprender a amar y gozar, si no les exigieran leerlo. Nosotros estábamos tan desconcertados con aquel asunto, que empezamos a pensar que lo más alejado del mundo era ese libro. Allí es donde entra la importancia de don Lindo Oliva.

Don Lindo Oliva contaba en El Ateneíto las historias del Quijote. Lo había leído 85 veces, y todos los niños, pues nos dejaban entrar a las cantinas y tomábamos nada más agua tehuacán, oíamos, sentaditos, las historias del Quijote. Nos quedábamos fascinados. Además, la lengua de don Lindo Oliva era la lengua del Quijote y descubrí entonces, que la lengua del Quijote era la nuestra, pues él hablaba como nosotros. Y eso nos llevaba directamente a la biblioteca familiar a leer el capítulo que nos había dado ese día don Lindo Oliva.

Así empezaba a surgir un amor inmediato al libro y se combinaba con otra cosa que el historiador local, con el que discutía don Lindo Oliva los asuntos de la guerra y la paz en Tuxtla, había descubierto un indicio fascinante no del todo comprobado. Pero la verdad literaria tiene tanto derecho a existir como la verdad histórica. Había encontrado los indicios de una solicitud de don Miguel de Cervantes al rey de España, en los días en que él sentía que la "tira" estaba cerca, que ya venía la policía judicial a agarrarlo. Había descubierto que iba a caer preso. Por ello, le escribió una carta al rey diciéndole que en pago a los esfuerzos de él como soldado, como defensor de la corona, como defensor del trono, en pago a sus luchas en contra de los moros, por "la batalla de Lepanto de fermosa gloria donde combatí e perdí la mano e ligereza, solicito a vuestra excelencia ser el gobernador –ni más ni menos– que de la provincia del Soconusco en Chiapas." Eso cambió inmediatamente el asunto. Don Miguel dejó de ser odio-

so, muerto en un libro, muerto en la biblioteca del licenciado Cuello, de donde nunca salía jamás, para convertirse en el hombre que había querido vivir con nosotros en Chiapas. Entonces salía la pregunta inmediata: ¿a lo mejor el Quijote hubiera sido chiapaneco? Y eso rompía completamente la lejanía. Ahora, don Miguel el bueno, jamás llegó a Chiapas, porque si le hubiera escrito a Carlos V, éste le hubiera dicho que sí porque había sido soldado, había sido bebedor, había sido viajero, había sido aventurero. Él sí lo hubiera entendido. Pero la carta la recibió el pobre tristísimo de Felipe II, que estaba encerrado en El Escorial, vestido de negro y rezando todo el día rodeado de curas. Apenas llegó la solicitud de Don Miguel, Felipe II le dijo al secretario: "tenga usted esta carta, archívela o mándela al IEPES"; y claro, don Miguel cayó preso. Eso nos sirvió también para conocer al hombre que estaba detrás del libro.

Cuando se título el nieto mayor de don Lindo Oliva, o sea, el hermano mayor de Óscar Oliva, en el banquete para celebrarlo estaba el presidente municipal. Don Lindo Oliva levantó su copa y quedó viendo directamente a los ojos de su nieto, flamante abogado, al que le dijo:

–Si alguna vez doblegareis la vara de la justicia, que sea por el peso de la misericordia y no por el de la dádiva.

Y el presidente municipal exclamó;

–¡Bravo!, eso lo dijo el presidente López Mateos.

–¡Bruto! –le dijo airado don Lindo Oliva–, esos son consejos del Quijote a Sancho Panza para gobernar.

Gracias a eso pudimos derrotar para siempre al licenciado Cuello, que lo único que había hecho en su vida, en sus clases, era como su apellido lo indica, darnos un quijotazo a las tres de la tarde que nadie puede soportar. Y don Lindo Oliva, desde ese centro cultural del Ateneíto, nos abrió para siempre la puerta del Quijote, que nos acompañó toda la vida. Y cada lectura del Quijote es como ver en distintas épocas de la vida a Chaplin. Chaplin va creciendo y va madurando junto con nosotros, como el libro extraordinario del Ingenioso Hidalgo. Pero también, y eso me gustaba mucho, don Lindo Oliva nos daba algunos datos. Decía:

–Hay un libro que se llama El Buscón y es muy divertido. Como ya le teníamos confianza a don Lindo, íbamos en busca del *Buscón* y descubríamos la risa, la sonrisa, la inteligencia, ni más ni menos que de Quevedo, y empezábamos a leer en voz alta a Quevedo. Lo más importante fue descubrir el efecto que *El Buscón* hacía entre los campesinos que hablaban español, por supuesto. Les recuerdo que nosotros vivimos en una sociedad plurilingüe, pluriétnica. A los campesinos que hablaban español les leíamos *El Buscón* y se maravillaban y empezaban a preguntar por el autor, y decíamos: Quevedo, y entonces pensaban que Quevedo vivía en La Frailesca o en Chiapa de Corzo, y Quevedo se convirtió en un personaje popular. Pero pobre de Don Francisco, si supiera que

quedó como un pícaro en Chiapas. Aquí, se habla de Quevedo como pícaro y como es tan fácil rimar Quevedo con todo tipo de palabras de sonidos, peso y olor penetrante, todo el mundo inventa cosas acerca del nombre de Quevedo. La gente está convencida que Quevedo es nuestro, que es chiapaneco. En todo ello está el origen absoluto de la vocación de aquellos niños que hacíamos *Alma Infantil*.

He hablado de Juan Bañuelos, he hablado de Óscar Oliva, yo mismo escribía allí. Nos corregía los artículos un joven bachiller que se preparaba para estudiar medicina, muy bello, con unos ojos azules como dos planetas, una voz profunda, y era declamador en el día de las madres, en el día de los maestros. Este bachiller era Jaime Sabines. Jaime llegaba y en la misma imprenta corregía nuestros poemitas y escritos. Y por esos días llegó para ser bibliotecaria de la secundaria del Instituto de Artes y Ciencias de Chiapas, una muchacha que se acababa de graduar en Letras y regresaba de España, donde había sido deslumbrada por el franquismo. Había tenido una decepción amorosa. Se había cortado el pelo, como Sor Juana en su momento, y había llegado con el pelo corto a ser bibliotecaria de nosotros. Esta muchacha que estaba escribiendo sus poemas iniciales era Rosario Castellanos.

Todo esto hacía que la literatura fuera algo absolutamente normal y nos dábamos cuenta que los escritores somos escritores, a pesar de los malos maestros de literatura. Por fortuna esto ha cambiado enormemente. Ahora, los maestros de literatura ya no

son licenciados Cuello, son gente que ama la literatura, que la entiende y comparte como si fuera una comunión, comparte el pan y el vino diario de la lectura y del amor. Para nosotros no fue ese el camino, pero por fortuna estaban estos héroes populares que nos salvaron y nos encontraron el camino.

* * *

## Premios y distinciones

- Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1974, por Asalto nocturno.
- Medalla Conmemorativa del Instituto Nacional Indigenista en 1980.
- Premio Xavier Villaurrutia por Andando el tiempo en 1982.
- Premio Chiapas de Arte 1983.
- Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, desde 1994.
- Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2011.
- Recibió la Medalla Belisario Domínguez que otorga el Senado en 2014.

## Cuentos

*Benzulul* (1960).

*Asalto nocturno* (1975).

*Andando el tiempo* (1982).

*Un tango para hilvanando* (1987).

*Ratón-que-vuela* (1999).

*Horas de vuelo* (2005).

*Quien dice la verdad* (1960).

**Novelas**

*Las grandes lluvias* (2005).

*Tocar el fuego* (2007).

*Sobre esta tierra* (2012).

*Viento de Siglo* (2013).

**Teatro**

El tiempo y el agua (1960).

**Poemas**

*La espiga amotinada* (1960).

*Ocupación de la palabra* (1965).

*Elegía a Rubén Jaramillo* (1963).